

UNA FELIZ CATÁSTROFE

Adela Turín y Nella Bosnia. Editorial Lumen

Antes de la catástrofe, la familia Ratón vivía en una modesta madriguera, entre la cocina y la alacena, en una lujosa casa de un barrio elegante.

El señor Ratón era un hermoso ratón y estaba orgulloso de sus bigotes y su buena voz. La señora Flora Ratón, era dócil y obediente, tenía la madriguera ordenada, y a sus niños – Teddy y Toby- y a sus niñas – Nancy, Nora, Nelly, Nanette, y Nina- limpios y aseados.

La señora flora se pasaba el día lavando, planchando, cocinando. Antes de la catástrofe, los días eran aburridos en Casa Ratón, y terminaban siempre con una cena succulenta, que había tenido a la señora Ratón atareada durante toda la tarde, porque el señor Ratón era amante de la buena mesa. Los niños admiraban sus bigotes y lo listísimo que era, cuando, con aires de importancia, probaba la sopa y decía: -“Flora, aquí falta un poco de perejil picado, añadido en el último momento y un chorrito de aceite de nuez”.

Después de la cena, el señor Ratón les contaba a los niños sus aventuras de juventud. Las pirámides en las que nunca había entrado el hombre, pero que eran visitadas a diario por el señor Ratón. Las bodegas de los barcos piratas, en las que el señor Ratón había dado varias veces la vuelta al mundo. Y aquella famosa vez en la mezquita de Estambul. Y los primeros pasos por la luna, escondido en la bota del astronauta Armstrong. Y aquella historia con el gato atigrado en la Opera de París. No era que la señora Flora se aburriese. Ni mucho menos que conociera ya todas las historias del señor Ratón (¡si cada noche había una nueva!). Pero cuando se hacía tarde, tenía que levantarse de puntillas y empezar a recoger la mesa. Y si se caía la tapa de un puchero, el señor Ratón se interrumpía con aire resignado, y los niños decían: -“¡pero mamá, ten cuidado! ¡Está hablando papá!”

El señor Ratón era presidente honorario de la OPEDRAM (Oficina para el Desarme de las Ratoneras de Muelle). La Opedram era una sociedad que no vendía nada, no compraba nada y no producía nada. Y como los hombres habían inventado otras maneras para acabar con los ratones y nadie usaba ya ratoneras a muelle, desarmarlas no daba mucho trabajo.

Antes de la catástrofe, el señor Ratón salía todas las mañanas hacía su oficina nervioso y con prisas, porque decía que estaba llegando tarde. (La oficina estaba en una madriguera del segundo piso de la casa de enfrente.) Y todas las tardes, antes de la catástrofe, volvía cansado y preocupado. La señora Flora le preguntaba: - “¿Cómo va el trabajo? y él respondía con un gruñido. La verdad era que el señor Ratón estaba cansado. Quería tranquilidad, quería su periódico, sus zapatillas, oír las noticias en la radio, quería orden, calma, los niños quietos, un aperitivo, un cigarrillo y sobre todo, la cena.

Y la vida seguía en casa Ratón. Por la noche los niños soñaban en las prodigiosas aventuras del señor Ratón, y se dormían pensando “mi papá es un tipo estupendo.”

Pero entonces se produjo la catástrofe. Lo inesperado. Lo increíble. Toda el agua del mundo se metió en la madriguera. Se había roto una tubería, y en unos segundos el hogar de la familia Ratón quedó destruido: las camitas, el aparador, las cacerolas y hasta el sillón del papa, se fueron a la deriva. Se asustaron muchísimo. El señor Ratón estaba en la Opedram. Y la señora Flora tuvo que organizar sola el salvamento de los siete niños, subiéndolos a una mesa, como si fuera una barca.

Una hora después, se habían refugiado todos en el cajón de un viejo armario arrinconado en el desván. Y aquella misma noche, había improvisado unas camas para los niños y la sopa estaba puesta al fuego.

Esa noche El señor Ratón llegó muy tarde. Había encontrado la madriguera inundada. Buscó a su familia por toda la casa. Las huellas de las patitas mojadas lo guiaron hasta el cajón en el que su familia dormía profundamente. Se había llevado un susto terrible. Le habían guardado un poco de sopa y se la comió en silencio. Aquella noche nada de televisión, nada de periódico, nada de aperitivo y nada de zapatillas. Nada de nada.

Después, la vida, se volvió a organizar dentro del cajón. Pero todo era distinto. Como no tenía ni pucheros, ni sartenes, ni olla a presión, ni espaguetis, la señora Flora que tenía tiempo, se dedicó a explorar los alrededores en busca de una nueva madriguera. Seguida de los niños, hacía unas expediciones cada vez más largas. Después se aventuró a salir del desván y siguió explorando la casa. ¡Esas si que eran aventuras de verdad! Encontraban perros y gatos, entraban y salían de cestos y de cajas, subían y bajaban escaleras, comían y bebían lo que encontraban. De regreso en el cajón, los niños comentaban excitadísimos las aventuras de la jornada. Se estaban divirtiendo como nunca.

En un cesto lleno de juguetes habían encontrado una guitarra y la llevaron al cajón. La señora Flora compró, inmediatamente, el “Manual del guitarrista moderno” y en tres días ella y Nelly aprendieron a tocar bastante bien la guitarra. Toby y Teddy descubrieron que tenían buena voz. Y las mellizas aprendieron a bailar. Del cajón empezaron a salir los ecos de conciertos y canciones.

A la vuelta de la Opedram, el señor Ratón encontraba a sus hijos tan excitados que renunció a que se estuvieran quietos. Renunció también a la tele, que total no se oía, porque ahora, las canciones y la guitarra sonaban fuerte, y renunció también a las zapatillas, que se habían perdido en la catástrofe junto con el sillón.

Pero no quiso renunciar a la buena sopa de antaño. Así que se puso manos a la obra. Hizo pruebas y más pruebas, y tardó en conseguir que la sopa le saliera como a la señora Flora. Pero, cuando lo logró, fue todo un éxito. El señor Ratón disfrutaba muchísimo cocinando, y los niños aplaudían felices cuando ponía en la mesa una de sus proezas culinarias.

Ahora todo está seco en el agujero que fue antes el hogar de la familia Ratón. La familia Ratita ha decidido instalarse allí. Llegan encantados y confiados con su cocina, su sillón, sus lámparas y sus cazuelas. Desgraciadamente los Ratitas no saben que un fontanero poco cuidadoso, reparó mal la tubería.

UNA FELIZ CATÁSTROFE

Adela Turín y Nella Bosnia. Editorial Lumen

Este cuento nos narra la historia de una familia constituida por un ratón que domina y una ratona sometida. Cuando ocurre una catástrofe, la ratona es quien da solución a través de una alternativa más original y es quien, de repente, dirige la situación. Hasta ese momento se había desvalorizado la figura de la madre y solo se había resaltado la figura paterna. El resultado es que no se deshace la relación marido-mujer, pero todo lo acontecido da lugar a una nueva construcción y alternativa a sus papeles.

El cuento representa la discriminación en la realización de tareas domésticas y la distinta valoración de las personas según trabajen fuera o dentro de la casa.

A través del debate del cuento, se propondrá la realización de unos dibujos que ilustrarán el cuento.

Los objetivos serán:

- Conocer algunas de las formas más habituales de organización de la vida humana.
- Valorar el trabajo domestico y la colaboración de toda la familia.
- Identificar los sentimientos propios y comunicarlos
- Comprender un texto oral.

Se facilita enlace web, en caso de que el profesorado desee realizar una actividad audiovisual, antes de la realización de los dibujos.

<http://www.ducotedesfilles.org/es/animations/flashdeluge.html>